

DOCUMENTOS

ESCENAS DE HEMINGWAY*

para evitar los palos de las banderillas, que sonaban al chocar entre sí. El sudoroso y negro cuerpo del toro lo empujó en el pecho, al rematar el pase.

El invencible

SALUDÓ hacia lo invisible, dio media vuelta, arrojó su montera por encima del hombro y se dirigió al toro, llevando la muleta en la mano izquierda y la espada en la derecha.

Al aproximarse al animal, que le miró con ojos penetrantes, Manuel reparó en cómo las banderillas le colgaban por el lado izquierdo y en la extensa y brillante mancha sanguinolenta producida por la puya de Zurito. Se fijó en la postura de pies del toro. A la par que marchaba hacia delante, la muleta en la mano izquierda y la espada en la derecha, observaba los pies del toro. El toro no puede arrancarse si no junta antes los pies. Ahora los tenía separados, por el cansancio.

Manuel siguió acercándose, observando siempre los pies. Así debe hacerse. Hasta ahora, todo iba bien. Tendría que torear bajándole la cabeza al toro, para que los cuernos pasaran bien y poder matarlo. Mas no había que pensar aún en la estocada ni en la muerte del toro. Cada cosa a su tiempo. Sin embargo, estas suertes por venir se le amontonaban en la cabeza. Marchando hacia delante, observando los pies del toro, vio sucesivamente sus ojos, su hocico mojado y la ancha curva de sus astas, rematadas en agudas puntas. Unos círculos de luz rodeaban los ojos del toro. Y estos ojos miraban a Manuel. El bruto comprendía que iba a luchar con aquella figurilla de cara pálida.

Parado ahora, extendiendo la roja tela de la muleta con la espada, sujetándola al pincharla con el extremo del acero, pasándose todo a la mano izquierda, desplegando la roja franela como la vela de una barca, Manuel miraba las puntas de los cuernos. Una se había astillado al chocar contra la barrera; la otra era aguda como púa de puercoespín. Manuel observó, mientras desplegaba la muleta, que la blanca base de los cuernos estaba teñida de sangre. Pero en tanto miraba estas cosas no perdía de vista los pies del toro. El toro estaba atento a Manuel.

Se dijo: Se ha puesto a la defensiva. Se está reservando. Tengo que sacarlo de ella y cuidarle la cabeza baja. Que siempre tenga la cabeza baja. Zurito ya se la bajó una vez, pero la ha vuelto a enderezar. Sangrará cuando yo empiece a torearlo y tendrá que volver a humillar.

Agitando la muleta en la mano izquierda, la tela ampliamente extendida gracias a la espada, citó al toro.

Se engalló en gesto de desafío y agitó la franela.

El toro vio la muleta. Era de un brillo escarlata bajo los arcos voltaicos. Las patas del toro se juntaron.

¡Ya viene! —¡Uuh!— Manuel giró al llegar el toro y alzó la muleta, de modo que ésta pasó sobre los cuernos y barrió el ancho lomo del bruto desde la cabeza hasta el rabo. El toro pasó, sin encontrar

más que el aire en su embestida. Manuel no se había movido.

Al final del pase, el toro se revolvió como un gato al llegar a un rincón y dio cara a Manuel.

Seguía el ataque. Su anterior pesadez había desaparecido. Manuel percibió la sangre fresca brillando flancos abajo y deslizándose hasta las patas del animal. Retiró la espada de la muleta, pasándola a la mano derecha. Conservó la tela roja en la mano izquierda, muy baja, y, arqueándose de dicho lado, citó al toro. Las patas del toro se apretaron al clavar la mirada en la muleta. Ya viene, pensó Manuel. —¡Uuh!

Giró al ritmo de la embestida, arrastrando la muleta ante la cabeza del bruto, los pies firmes, la espada contramarcando la curva, al destello de su luz bajo los arcos.

El toro volvió a cargar cuando el pase natural terminó y Manuel levantó la muleta para dar el de pecho. Firmemente plantado, el toro le rozó el pecho al pasar bajo la muleta. Manuel retiró la cabeza

RECORDABA aquella lejana noche en que Williamson, el oficial del cuerpo de bombarderos, fue herido por una granada lanzada por un patrullero alemán, cuando él atravesaba las alambradas; y cómo, llorando, nos pidió a todos que lo matásemos. Era un hombre gordo, muy valiente y buen oficial, aunque demasiado amigo de las exhibiciones fantásticas. Pero, a pesar de sus alardes, un foco le iluminó aquella noche entre las alambradas, y sus tripas empezaron a desparramarse por las púas a consecuencia de la explosión de la granada, de modo que cuando lo trajeron vivo todavía, tuvieron que matarlo. “¡Mátame, Harry!” “¡Mátame, por el amor de Dios!” Una vez sostuvieron una discusión acerca de que Nuestro Señor nunca nos manda lo que no podemos aguantar, y alguien exponía la teoría de que, diciendo eso en un determinado momento, el dolor desaparece automáticamente. Pero nunca se olvidaría del estado de Williamson aquella noche. No le pasó nada hasta que se terminaron las tabletas



Hemingway: Hoy, su figura oculta un poco su trabajo

* Elegida al azar, esta selección no pretende ofrecer una imagen de la obra de Hemingway, sino mostrar algunos de los escenarios en que transcurre el mundo del gran narrador: España y la corrida de toros, España y la guerra civil, la noche africana, el mar, patria de todos y razón que mueve al heroísmo. Con este propósito se reúnen páginas tomadas de diversos libros (ver *Simpatías y Diferencias*).

de morfina que Harry no usaba ni para él mismo. Después, matarlo fue la única solución.

Las nieves del Kilimanjaro

SUBIERON al automóvil y a la luz grisácea del amanecer se dirigieron al río a través de la arboleda. Macomber abrió la recámara de su fusil y, después de comprobar que los proyectiles estaban en la recámara, cerró el arma y echó el seguro. Notó cómo temblaban sus manos. Se palpó los bolsillos para ver si tenía una buena provisión de cartuchos y luego acarició los que llevaba en las presillas delanteras de su camisa. Se volvió hacia el asiento trasero del automóvil, donde estaban sentados Wilson y su mujer. Ambos reían con excitación, y el cazador se inclinó hacia adelante susurrando:

—Mire usted cómo bajan los buitres. Esto significa que el viejo ha abandonado su presa.

En la ribera opuesta del río, Macomber pudo ver las aves de presa que describían círculos en el aire, sobre los árboles, lanzándose de pronto hacia la tierra.

—Lo más probable es que venga a beber aquí antes de retirarse a descansar —musitó Wilson—. Mantenga los ojos abiertos.

Marchaban lentamente a lo largo de la orilla, que en aquel lugar caía cortada a pico sobre el lecho cubierto de cantos rodados, hiriendo aquí y allá los árboles al pasar. Macomber estaba observando la orilla cuando se dio cuenta de que Wilson le cogía por el brazo. El auto se detuvo.

—Allí está —le oyó decir—. Frente a usted, a la derecha. Baje y dispárele. Es un ejemplar maravilloso.

Macomber vio al león. Estaba casi de perfil, con la gran cabeza levantada y vuelta hacia ellos. La temprana brisa matinal que soplabla en esa dirección agitaba apenas su oscura melena. Parecía enorme. Su silueta se recortaba sobre el fondo, con sus pesados omoplatos, bajo los cuales sobresalía un pecho grande como un barril.

—¿A qué distancia estará? —preguntó Macomber.

—Más o menos, a unos setenta y cinco metros —replicó Wilson—. Baje y salga a su encuentro.

—¿Por qué no tirar desde aquí?

—No hay que disparar nunca desde el coche —oyó a Wilson murmurar en su oído—. Salga. No va a estar allí todo el día esperándole.

Macomber salió por la curvada abertura lateral del asiento delantero y puso los pies en el suelo. El león estaba todavía allí mirando majestuosa y fríamente hacia el objeto del que sólo veía la silueta, y cuyo volumen era como el de un enorme rinoceronte. El viento no llevaba hasta sus fosas nasales el olor de hombre y tenía los ojos fijos en aquella forma, moviendo un poco su enorme cabeza de un lado a otro. Luego, mientras miraba hacia aquel el objeto, sin temor alguno, pero dudando antes de decidirse a bajar a beber a la ribera con una cosa semejante frente a él, vio destacarse del conjunto la figura de un hombre, y dando vuelta rápidamente, corrió a acogerse al abrigo de los árboles. En aquel momento, oyó un estampido seco y sintió el golpe de una sólida bala 30-36 de 150 gramos, que le mordía el flanco, y la ardiente y repugnante brecha abierta en su estómago. Trotó, sintiendo las patas pesadas, y con su enorme panza herida corrió por entre los árboles a buscar refu-

gio en las altas hierbas. Nuevamente, el estampido volvió a alcanzarlo y pasó a su lado desgarrando el aire. Luego estalló una vez más y entonces sintió el golpe en sus costillas inferiores y la boca se le llenó de pronto de sangre caliente y espumosa. Galopó hacia los altos pastos donde podría ocultarse aplastado contra el suelo y lograr que esa cosa se acercara para saltarle encima y cazar al hombre que la llevaba.

Macomber no pensó en lo que podía sentir el león, cuando abandonó el automóvil. Sólo tenía conciencia de que sus manos temblaban y a medida que se alejaba se le hacía más difícil mover las piernas. Tenía los muslos endurecidos, rígidos, pero podía notar el movimiento de sus músculos. Levantó el fusil, apuntó a la unión de la cabeza y los hombros del animal y apretó el gatillo. No ocurrió nada, a pesar de que hizo fuerza hasta que empezó a sentir que se le quebraba el dedo. De pronto recordó que había colocado el seguro y al bajar el fusil para abrir la llave, dio otro paso helado hacia adelante. El león distinguió entonces su silueta recortada netamente contra la forma confusa del automóvil; se volvió y empezó a trotar, alejándose. Al hacer fuego, Macomber oyó un corto gruñido, señal de que la bala había dado en el blanco; pero el animal siguió. Disparó de nuevo y todos pudieron ver cómo el proyectil levantaba una nube de polvo más allá del felino que huía. Hizo fuego otra vez, recordando que tenía que bajar la puntería, y se oyó el impacto de la bala. El león galopó y llegó a los altos pastos antes de que el cazador pudiera hacer funcionar nuevamente el percutor.

Macomber permaneció clavado en el mismo sitio con una sensación de repugnancia en el estómago. Sus manos temblaban aún sosteniendo el Springfield amartillado. Robert Wilson y su mujer estaban a su lado, junto con los portadores de fusiles, que hablaban animadamente en wacamba.

—Lo alcancé —exclamó—, lo alcancé dos veces.

—Le dio en el vientre y en otra parte de los cuartos delanteros —dijo Wilson sin entusiasmo. Los portadores de fusiles estaban muy graves. Ya no hablaban.

—Tal vez lo haya matado —continuó Wilson—; tendremos que aguardar un poco para salir a buscarlo.

La vida feliz de Francis Macomber

DESPUÉS se quedó inmóvil, con los codos hundidos en la hojarasca y el cañón del fusil automático apoyado contra el tronco del árbol.

Cuando el oficial se acercara al trote, siguiendo las huellas dejadas por los caballos de la banda, pasaría a menos de veinte metros del sitio en que se encontraba Roberto Jordán. A esa distancia, no era posible errar. El oficial era el teniente Berrendo. Había venido desde La Granja, obedeciendo órdenes de llegarse hasta el paso, después de recibido el aviso del ataque al puesto inferior. Habían venido galopando, a marchas forzadas. Al llegar al puente volado, tuvieron que volver sobre sus pasos, para cruzar la garganta mucho más arriba y dar un rodeo por entre la arboleda. Los caballos estaban sudorosos y fatigados, y era necesario espolpearlos para que trotaran.

El teniente Berrendo se acercaba, siguiendo las huellas, con la expresión seria y grave. Su fusil automático iba apoyado en la montura, recostado en el brazo iz-

quierdo. Roberto Jordán estaba tendido de bruces detrás del árbol, esforzándose por mantener el dominio de sus sentidos y cuidando delicadamente de mantener la firmeza del pulso. Estuvo esperando hasta que el oficial llegó a la mancha de sol, donde los primeros pinos del bosque se unían a la verde ladera. Podía sentir los latidos de su corazón batiendo contra el suelo cubierto de hojarasca.

Por quién doblan las campanas

EMPEZÓ a abrirse paso de nuevo hacia la popa, a gatas, con manos y rodillas, cuidando de no sacudir el sedal del pez. Éste pudiera estar ya medio dormido, pensó. Pero no quiero que descanse. Debe seguir tirando hasta que muera.

De vuelta en la popa se volvió de modo que su mano izquierda aguantara la tensión del sedal a través de sus hombros y sacó el cuchillo de la funda con la mano derecha.

Ahora las estrellas estaban brillantes y vio claramente el dorado y le clavó el cuchillo en la cabeza y lo sacó de abajo de la popa. Puso uno de sus pies sobre el pescado y lo abrió rápidamente desde la cola hasta la punta de su mandíbula inferior. Luego soltó el cuchillo y lo destripó con la mano derecha, limpiándolo completamente y arrancando de cuajo las agallas. Sintió la tripa pesada y resbaladiza en su mano y la abrió. Dentro había dos peces voladores. Estaban frescos y duros y los puso uno junto al otro y arrojó las tripas a las aguas por sobre la popa. Se hundieron dejando una estela de fosforescencia en el agua. El dorado estaba ahora frío y era de un leproso blanco-gris a la luz de las estrellas y el viejo le arrancó el pellejo de un costado mientras sujetaba su cabeza con el pie derecho. Luego lo viró y peló la otra parte y con el cuchillo levantó la carne de cada costado desde la cabeza a la cola.

Soltó el resto por sobre la borda y miró a ver si se producía algún remolino en el agua. Pero sólo se percibía la luz de su lento descenso. Se volvió entonces y puso los dos peces voladores dentro de los filetes de pescado y, volviendo el cuchillo a la funda, regresó lentamente a la proa. Su espalda era doblada por la presión del sedal que corría sobre ella mientras él avanzaba con el pescado en la mano derecha.

De vuelta en la proa puso los dos filetes de pescado en la madera y los peces voladores junto a ellos. Después de esto afirmó el sedal a través de sus hombros y en un lugar distinto y lo sujetó de nuevo con la mano izquierda apoyada en la regala. Luego se inclinó sobre la borda y lavó los peces voladores en el agua notando la velocidad del agua contra su mano. Su mano estaba fosforescente por haber pelado el pescado y observó el flujo del agua contra ella. El flujo era menos fuerte y al frotar el canto de su mano contra la tablazón del bote salieron flotando partículas de fósforo y derivaron lentamente hacia popa.

—Se está cansando o descansando —dijo el viejo—. Ahora déjame comer este dorado y tomar algún descanso y dormir un poco.

Bajo las estrellas en la noche, que se iba tornando cada vez más fría, se comió la mitad de uno de los filetes de dorado y uno de los peces voladores limpio de tripa y sin cabeza.

El viejo y el mar